



True Detective y la atracción del mal

Luis Lalucat y Liana Vehil

Este thriller en forma de antología es un claro ejemplo del auge y la caída que puede experimentar una ficción televisiva entre su primera y su segunda temporadas. Creada y escrita por Nic Pizzolatto, los ocho capítulos de la primera temporada, estrenados en verano de 2014 en la HBO, sumergen al espectador en la sórdida e inquietante investigación que llevan a cabo dos policías antagónicos sobre un caso de asesinatos en serie. Más que las pesquisas policiales, la ficción suma enteros gracias a los profundos diálogos entre los personajes de Matthew McConaughey y Woody Harrelson. El cambio de trama, de reparto y de localización que experimentó en su segunda temporada no sentó nada bien a la que fue una de las series revelación del año.

A la pareja de detectives de la División de Investigación Criminal de Louisiana, formada por Marty Hart y Rust Cohle, les es asignado en 1995 un crimen que aparece con marcados elementos extraños propios de un asesinato ritual. En el curso de la investigación se muestran sus reacciones ante el crimen y ante los hechos que se van desvelando, y cómo las fuertes cargas emocionales que comportan van repercutiendo en sus vidas, y estas se entrecruzan en el seno de la compleja relación existente entre ambos.

Años más tarde, en 2012, un nuevo caso encargado a otros dos detectives reabre la investigación. Marty y Rust, que han abandonado la División de Investigación Criminal, son interrogados separadamente sobre los sucesos de 1995. Ello da pie a conocer cómo repercutieron aquellos hechos en sus vidas. Esta situación conduce a que ambos desarrollen una nueva investigación al margen de la oficial, que lleva a la identificación del autor de los crímenes, al enfrentamiento con él y a la resolución del caso.

La filmografía de todos los tiempos es rica en figuras de comportamiento monstruoso, encarnadas por personajes que muestran conductas psicopáticas y que proyectan el mal a su alrededor. Estos personajes configuran una galería

de retratos que abarca muy diversas composiciones, desde el psicópata de trato sutil a la vez que malévol de *La noche del cazador* (Charles Laughton, 1955), magistralmente interpretado por Robert Mitchum, al asesino en serie de *Seven* (David Fincher, 1995) o de la posterior *Zodiac* del mismo director (2007), *No es país para viejos* (Joel y Ethan Cohen, 2007) o el criminal perverso que habita en el Hannibal Lecter de *El silencio de los corderos* (Jonathan Demme, 1991). Aunque todos ellos presentan algunas características en común, muestran también marcadas diferencias en su comportamiento. La figura del monstruo remite a las investigaciones llevadas a cabo sobre los asesinos en serie y los crímenes rituales, que abarcan tanto las características de los criminales y de sus víctimas como el modo en que operan para consumir sus acciones.

En *True Detective*, el monstruo es un asesino en serie que se nos describe con las propiedades de un psicópata sádico y perverso, o como alguien con un trastorno antisocial y sádico de la personalidad; en este sentido, reúne la mayoría de las características del comportamiento de los asesinos en serie. Su dinámica criminal presenta comportamientos premeditados, la utilización del engaño, una elección precisa de las víctimas,

una progresión en la actuación criminal (secuestro, torturas, mutilaciones, muerte) y una eliminación del cuerpo con un retorno a sus tareas habituales. El monstruo de la serie es hábil en sus actuaciones criminales, al mismo tiempo que presenta un comportamiento normal en sus ocupaciones laborales que lo mantienen en contacto con la población infantil entre la que selecciona sus víctimas. Sus crímenes están planificados, eligiendo siempre seres vulnerables. Y lo hace en un radio de acción amplio, pero identificable, en el que desarrolla sus acciones de captura, tortura y muerte. En dichas actuaciones, además, deja una huella reconocible a través de hechos o rasgos innecesarios para la comisión del delito, pero que lo acompañan y que constituyen elementos que permiten identificar de alguna manera a un mismo autor: las ataduras, las lesiones y las torturas infligidas a las víctimas, la disposición en que se encuentran los cadáveres para ser descubiertos o la presencia de objetos extraños en sus inmediaciones.

Ciertamente, a lo largo de los episodios sólo conocemos a este personaje por el resultado de sus crímenes, hilo conductor de la trama. El crimen ritual que da inicio a la investigación lleva a descubrir una larga serie de asesinatos y desapariciones de niños y jóvenes que se ha producido desde hace tiempo y que parecen apuntar a un mismo autor. Sin embargo, la trama también va desvelando la participación directa o indirecta de otros actores. Tan sólo al final de la serie se nos revela la presencia material del monstruo y se caracteriza su entorno vital en un ambiente de degradación y relación incestuosa. La única referencia a elementos explicativos o etiológicos de su conducta queda expresada en la frase que él mismo pronuncia: «¿Sabes lo que me hicieron? Lo que les haré a todos los hijos e hijas del hombre».

Los asesinos en serie han ejercido y ejercen una fascinación morbosa, en parte vinculada al hecho de mostrar la relación entre una apariencia externa de normalidad en las conductas cotidianas y unas actuaciones delictivas que revelan un absoluto desprecio hacia las víctimas. También por mostrar procedimientos criminales muy elaborados, en los que el sadismo y la sexualidad

patológica aparecen unidos y se muestran abiertamente a la luz pública. Máxime, como en el caso de True Detective, cuando las víctimas son niños y jóvenes.

Este tipo de comportamientos viene siendo investigado desde hace décadas, tanto desde la perspectiva policial y médico-forense como desde la óptica psiquiátrica. Estudios americanos nos hablan de que el 1% de los homicidios cometidos en los Estados Unidos han sido realizados por asesinos en serie, e incluso se atreven a estimar la presencia de 150 a 300 asesinos en serie en dicho país. Estos constituyen, en consecuencia, un fenómeno social y criminológico importante, si bien su caracterización clínica continúa siendo debatida a pesar de que ya desde los años 1940 se llegó a una delimitación del cuadro clínico dentro de la muestra de psicópatas criminales. Obviamente, se trata de una cuestión controvertida, pues la inclusión o no dentro de las clasificaciones psiquiátricas de las psicopatías y de los trastornos de la personalidad atañe también a la imputabilidad jurídica de los actos y las conductas criminales de dichos sujetos.

Igualmente controvertida resulta la identificación de la etiopatogenia de estos trastornos, en la que resulta difícil delimitar en qué medida los componentes biológicos, psicológicos y sociales intervienen en la génesis y en el mantenimiento de las conductas psicopáticas criminales. Aunque se admite generalmente la participación de un componente psicogénico basado en experiencias infantiles de situaciones de maltrato y abuso físico y sexual, también parece tener relevancia la ausencia o la distorsión de aquellos vínculos sociales y afectivos que se relacionan con la adquisición de la necesaria madurez emocional, la capacidad de relación y de intercambios constructivos, así como la incorporación de valores sociales. La frase del monstruo ya enunciada parece referirnos a una actitud vengativa, en respuesta a las humillaciones, maltratos o vejaciones sufridas en su infancia.

Por otra parte, la otra cara de la moneda está representada por las víctimas, niños y jóvenes que han sido secuestrados, torturados y asesinados. La serie nos muestra tan sólo un caso en que no se produce el fallecimiento de la víc-



tima, ya que se ha conseguido rescatarla en una situación avanzada del proceso. Las graves consecuencias psicológicas inmediatas y a largo plazo se nos muestran en la incapacidad generada en la víctima para desarrollarse psicológicamente y emocionalmente. Tiempo después vive recluida en un centro psiquiátrico y muestra funcionamientos mentales de desconexión característicos del autismo. Esta presentación nos habla de las graves consecuencias que previsiblemente pueden derivarse de una experiencia traumática extrema y mantenida sobre la mente en construcción de un niño o de un adolescente. Por todo lo ya apuntado, la figura del asesino en serie, como el que aquí hemos analizado, viene a configurar en el imaginario colectivo la representación del mal.

Las producciones que abordan la figura del psicópata, del asesino en serie y del monstruo, acostumbran a presentarnos personajes o antagonistas que constituyen su contrapunto, en forma de personalidades comunes, que en contacto con ellos desvelan nuevos aspectos de sí mismos. En esta interacción de unos y otros se verán afectadas tanto sus vidas como sus mentes. También ocurre así en *True Detective*, y así trataremos de recogerlo en el análisis que proponemos.

Está comúnmente aceptado que la exposición a eventos traumáticos genera consecuencias psicológicas en los sujetos expuestos, y la clínica nos ofrece ejemplos frecuentes de dichas situaciones. Las personas que han estado expuestas a un acontecimiento traumático, bien sea porque lo han experimentado por sí mismas, por haberlo presenciado o por haber reconocido sus consecuencias, reciben un impacto psicológico. Este es aún mayor cuando se han producido muertes o amenazas a la integridad física. Cada persona responde al evento de distinta manera, en función de sus propias características psicológicas, pero habitualmente se habrá generado un cierto grado de temor, una respuesta desesperanzada, o se habrá experimentado un intenso horror. Las consecuencias psicológicas poseen cierta especificidad, vinculada a su recuerdo, con su presencia en los sueños, o en el mantenimiento de un malestar psicológico persistente y a veces

intenso con todo aquello que se relaciona con el evento traumático. Algunas manifestaciones sintomáticas de dichas consecuencias se muestran en alteraciones fisiológicas que pueden afectar al sueño y al apetito, pero también a los hábitos y a las conductas.

En *True Detective* se nos muestra cómo el contacto con un crimen de especiales características actúa como evento traumático que afecta a los investigadores encargados de abordarlo. Analizaremos a continuación de qué manera se presentan en la serie las características psicológicas y algunos elementos psicopatológicos de los personajes principales: Cohle y Hart. Cohle queda descrito en la serie a través de su conducta y sus comentarios acerca de sí mismo, y por las opiniones de quienes se relacionan con él. Pero resulta necesario inscribir todos estos elementos descriptivos en la información que se nos va aportando acerca de su devenir biográfico y sus reacciones ante distintos acontecimientos vitales significativos. Resulta relevante considerar en un primer bloque de acontecimientos su evolución desde la infancia. Hijo de una relación de su madre con un soldado que se encontraba de permiso, esta abandona a ambos cuando regresa el padre y el niño tiene 2 años de edad. Ellos dos se trasladan a Alaska, donde viven en una situación de aislamiento, hasta que Cohle decide regresar a Texas. Allí se casa y tiene una hija, forma una familia y desarrolla por primera vez una experiencia familiar. La muerte accidental de su hija acaba con el matrimonio en un contexto emocional destructivo de la pareja, y experimenta un nuevo abandono con la marcha de su esposa. La muerte de su hija parece convertirse, tanto por el hecho en sí como por sus consecuencias familiares y personales, en un acontecimiento determinante de su evolución posterior. El cambio de trabajo de la sección de robos a la de narcóticos inicia un descenso a los infiernos. Infiltrado cuatro años entre los traficantes inicia consumos abusivos, interviene en acontecimientos violentos, causa varias muertes y llega a una situación límite que conduce a su ingreso en un hospital psiquiátrico. No queda claro el diagnóstico, pues él habla de que «durante mucho tiempo prácticamente no dormí, con pesadillas, estrés postraumático».

mático, agotamiento nervioso o lo que fuera». La descripción del estado previo al ingreso es compatible con el cuadro clínico conocido como trastorno por estrés postraumático, entendido como un conjunto de reacciones individuales ante la exposición a intensos factores de estrés. Presupone una intensa reacción emocional frente a uno o varios de ellos, concretos o continuados, durante un periodo breve o prolongado. El punto de partida puede situarse en el fallecimiento de su hija y la posterior descomposición familiar, cuando presumiblemente iniciaba un proceso de identidad en el seno de una familia, con los correspondientes vínculos afectivos y el sentido de responsabilidad y participación en un proyecto compartido. Esta pérdida no da paso a una elaboración del duelo, y la consiguiente ruptura de la pareja impulsa a una actuación cada vez más acelerada y autodestructiva que pone repetidamente en riesgo su propia vida.

Al ser dado de alta, rechaza una oferta de retirarse con «una pensión por loco» y solicita que lo trasladen a la sección de homicidios. Opta así por volver al cuerpo policial, con el objeto de volver a ser miembro de un grupo, jugando con el binomio de identidad y pertenencia. En su nuevo destino, la investigación que se le encarga junto a Hart volverá a activar los principales núcleos conflictivos del personaje, centrados en la pérdida de su hija, e instaurando la necesidad de llegar al final, de resolver el caso para enfrentar así sus propios conflictos. Los sucesivos descubrimientos que irá realizando, la aparición de nuevos casos de crímenes llevados a cabo en criaturas, hacen reavivar en él sus conflictos más íntimos y le llevan a una actuación cada vez más obsesiva y que irá prescindiendo de cualquier límite legal o moral que acote su propia conducta. Repite así los comportamientos que había tenido durante su periodo como infiltrado en narcóticos, incluyendo consumos y participando en acciones violentas. La separación disciplinaria del cuerpo le lleva a transitar por un camino de aislamiento en el cual prosigue su investigación individualmente, al tiempo que establece un consumo de alcohol continuado, abusivo y autodestructivo.

A lo largo de la narración aparecen referencias a las percepciones que tiene Cohle en diferentes

momentos y que formula como un trastorno de la percepción conocido como sinestesia. Él mismo lo define como «un trastorno de los receptores y transmisores sinápticos. Colores alcalinizados, algunos metales. Es una especie de hipersensibilidad. Un sentido activa otro sentido. A veces veo un color y me provoca un sabor en la boca. Un tacto, una textura, un olor ponen una nota en mi cabeza». Sin embargo, en cierta escena aparece una percepción que insinúa un contenido alucinatorio, como cuando percibe desde el coche en que viaja a una niña que le saluda y que le lleva a preguntar a Hart si cree en los fantasmas.

Cohle sustenta su continuidad vital en una filosofía de vida que le aporta cierta racionalización, estabilidad y fortaleza para enfrentar sus propios impulsos autodestructivos. La apoya en autores y textos relevantes, y la resume en la idea de considerarse «un realista, pero en términos filosóficos soy un pesimista, no valgo para las fiestas». Cree que la consciencia humana es un trágico error de la evolución: «somos demasiado autoconscientes... con la certeza de que cada cual es alguien cuando en realidad nadie es nadie... pero me falta el coraje para suicidarme».

La resolución del caso, en una nueva colaboración con Hart, parece abrir una nueva perspectiva vital para él, como si hubiera conseguido finalmente romper, por el momento, el círculo infernal en que se había convertido su vida.

La serie presenta el trastorno por estrés postraumático de forma próxima a las descripciones y clasificaciones diagnósticas de uso habitual, pero no podemos olvidar que este diagnóstico tiene márgenes muy amplios de aplicación. Surgido a partir de la Guerra de Vietnam para dar respuesta a los numerosos casos de soldados que presentaban las consecuencias psicológicas y emocionales que la participación en la guerra había generado en ellos, se formuló como diagnóstico agrupando reacciones que presentaban ciertas similitudes. Aun así, el efecto de la guerra y de las experiencias traumáticas vividas tiene siempre también un trasfondo individual a partir del bagaje vital de cada individuo, y se expresa en intensidad, características y capacidad de recuperación distintas. En True Detective, parece ponerse el acento final en la capacidad de recu-



peración individual, a pesar de que la sucesión de eventos traumáticos, la intensidad y la duración de estos, y la manera como han ido afectando al personaje, harían quizás pensar en otra evolución, más próxima a un hundimiento definitivo, o a una prosecución de conductas de riesgo que conduzcan a aquello que reconoce ser incapaz de llevar a cabo: el suicidio.

Destaquemos, por otra parte, que la serie no proporciona ninguna información del tratamiento o tratamientos seguidos por Cohle durante su ingreso hospitalario, aunque resulta plausible pensar que siguió un tratamiento de deshabituación relacionado con el consumo o consumos abusivos y las adicciones resultantes de su paso por la división de narcóticos.

Tomemos ahora el personaje de Harth, un individuo sin especiales antecedentes biográficos destacables. En el momento de iniciarse la serie, está casado, tiene dos hijas y la situación familiar parece transitar por un camino en el que no hay elementos significativos. Sin embargo, también van apareciendo exponentes de malestar en la persona de su esposa Maggie. Este entorno familiar se verá progresivamente afectado por la participación de Harth en la investigación que le ha sido encomendada. La paulatina implicación del personaje en una trama llena de aspectos oscuros y que va revelando una cadena de crímenes rituales de los que han sido víctimas jóvenes y criaturas inocentes va incrementando la tensión emocional del personaje. Esta experiencia acaba generando en él conductas compensatorias, como es el incremento del consumo de alcohol, por un lado, y las infidelidades matrimoniales por otro. Ambos comportamientos parecen tener para él una finalidad de descarga emocional, pero también de preservación familiar. Sin embargo, acaban por desencadenar el efecto contrario: el alejamiento de la familia, de la que va dejando de ocuparse, y el alejamiento de Maggie, que no acepta sus infidelidades. Así mismo, sus comportamientos en el seno de la familia y fuera de ella tienen un cariz cada vez más violento, particularmente al dar muerte a un detenido y al agredir en la comisaría a los dos jóvenes que habían mantenido relaciones sexuales con su hija adolescente. Esta situación pasa por dos fases distintas. En la

primera, Maggie le echa de casa, y sólo vuelve a aceptarlo cuando ha seguido un proceso de abandono del alcohol y una terapia de pareja. Sin embargo, una nueva infidelidad lleva a la ruptura definitiva como consecuencia de la acción consciente de Maggie al serle infiel con Cohle en una situación provocada por ella. Posteriormente sabremos que habrá conseguido reconducir su vida y la de sus hijas en un nuevo matrimonio, apareciendo ya como la Sra. Sawyer.

En el personaje de Hart no se muestran características psicopatológicas precisas, sino rasgos de personalidad que en contextos habituales lo caracterizan más bien como una persona con habilidades para el trato social, divertido y extrovertido. No posee particulares intereses más allá de su vida familiar y sus relaciones sociales, dentro y fuera del trabajo. Sin embargo, al someterse a una situación de estrés, como ocurre con la investigación que le ha sido encomendada, inicia un proceso de incremento progresivo de la tensión emocional y aparecen comportamientos cada vez más violentos y que comprometen su proyecto familiar. El incremento de la tensión emocional debida a la investigación y a los descubrimientos que se van desvelando lleva progresivamente a una situación de descontrol y desgobierno de su propias conductas, que se orientan cada vez más a obtener compensaciones inmediatas a través del consumo de alcohol o de experiencias sexuales fuera del matrimonio. Cosas que él formula como imprescindibles, es decir, como fruto de la necesidad de «despejar la mente y aliviarse».

En todo caso, la serie nos muestra de qué modo una situación progresiva de estrés, como la de enfrentarse a una serie de crímenes rituales en los que se ha maltratado y dado muerte a criaturas, puede afectar el equilibrio mental y emocional de un sujeto “normal” y desencadenar una serie de comportamientos que acaban por descomponer el proyecto de vida que este había ido construyendo.

El desarrollo de la serie trasluce una narrativa bien elaborada. El guión de Nick Pizzolatto muestra un hilo conductor consistente que da coherencia al conjunto de la producción, en particular en relación a las características psi-

cológicas de los protagonistas. Se nos brindan elementos descriptivos de sus rasgos de personalidad y datos biográficos sobre los que pueden sustentarse sus conductas y reacciones. La evolución de los acontecimientos y la implicación y las conductas de los protagonistas mantienen una conexión evidente con las situaciones de partida y sus antecedentes biográficos.

Las referencias a los aspectos clínicos y psicopatológicos entran dentro de los márgenes aceptables de las descripciones profesionales. De esta manera, ayudan a entender los comportamientos y a ofrecer una visión comprensible de las respuestas de los individuos que se hallan sometidos a condiciones especialmente estresantes o traumáticas, tanto en el ámbito personal como en el laboral. En conjunto, la serie permite un acercamiento humanizado a los personajes y cierto grado de identificación con ellos, sintoniando con sus avatares y sufrimientos. Ello facilita que incluso sus comportamientos más inadecuados o las referencias psicopatológicas no conlleven un efecto estigmatizante.

Las escasas referencias a procedimientos terapéuticos en la serie no permiten una valoración de su adecuación o corrección, aunque aparezcan en algunos momentos menciones explícitas a tratamientos de pareja, medidas de deshabitación o grupos terapéuticos.

La serie analizada nos aporta una descripción del mal a través de conductas criminales de diversa naturaleza, producto de un grave trastorno de la personalidad en el que no existe la noción de norma o de límite. En ellas sólo prevalece la

satisfacción de los propios deseos y necesidades, vinculados a contenidos perversos. Tampoco aparece en el personaje la noción de culpa como elemento al servicio del autocontrol y la reparación. El mal se nos muestra también como expresión de la venganza y como camino que conduce al enfrentamiento y que culmina en la autodestrucción.

Sin embargo, lo que quizás quepa destacar de la serie son aquellas figuras que, partiendo de características personales distintas, se ven atraídos y hasta fascinados por el mal que han conocido en su actividad profesional, a través de sus concretas manifestaciones y al que se enfrentan en la investigación. Personajes a la vez frágiles, pero dotados también de la fortaleza necesaria que les capacita para rehacer sus vidas o generar proyectos personales de nuevo cuño. Capaces de rehacerse de su confrontación con el crimen y la violencia, y de construir a través de relaciones saludables un marco de contención en el cual poder evolucionar hacia aquellas metas que les acerquen a sus objetivos vitales. Destaquemos, también, la importancia que la serie otorga a la relación entre ambos personajes, altamente conflictiva en diferentes momentos, pero que desempeña un papel importante para su recuperación personal. La relación de amistad que los une se constituye en un marco relacional y afectivo que les aporta humanidad, que permite desarrollar las capacidades de recuperación de cada uno de ellos y en la que se sustenta, también, la capacidad de resiliencia de ambos personajes.